

En el principio existía el Verbo: Santo Domingo, predicador de la gracia.

Por: Ángela Cabrera, OP.

La familia dominicana está de fiesta. En el año 2016 la Orden festeja sus 800° aniversario. Diversas actividades están siendo emprendidas con el fin de volver a las fuentes y, como dice Gustavo Gutiérrez, beber en el propio pozo. En esta dinámica itinerante, propia de una fe que busca entender, tenemos la propuesta de estudiar cada año una temática común. En este año de 2009 compartimos el asunto que acompaña el título de esta reflexión.



Muchos materiales excelentes, que recogen la memoria histórica de Domingo e de la Orden, están llegando a nuestras comunidades. En Brasil, especialmente, me refiero a los *Subsidios de Formación Dominicana*. Entre lectura y lectura sentí la necesidad de explorar algunos símbolos bíblicos que acompañan la figura de nuestro fundador. En esto consiste el trabajo que comparto con ustedes.

Este escrito no busca decir cosas nuevas, solamente pretende volver a las fuentes, mediante los datos recopilados por los historiadores/ras y, a partir del universo bíblico, procurar comprender las imágenes que poseen algunos de nuestros referenciales teóricos. Deseo que estos dos elementos, historia de Domingo y Sagradas Escrituras, me permitan abordar una relectura a partir de la temática sugerida para este año. Iniciamos, pues, la caminata. Comencemos por observar estas dos frases:

En el principio existía el Verbo – Santo Domingo, predicador de la gracia.

Ellas poseen una bella cohesión de sentido. Su eje conductor subraya la particularidad que las distingue, que envuelve aspectos teológico-antropológicos. Este punto de partida vincula el misterio del Verbo con Domingo, y de Domingo con el Verbo, evidenciándose, en ambos casos, el silencio.

La primera frase corresponde a Jn 1,1: *VEN avrch/| h=n o` lo,goj* “En el principio existía el Verbo”. La cita pertenece al Prólogo del Evangelio que se presenta como un himno a Jesucristo, cuya existencia es testimoniada junto a Dios, antes de la fundación de la tierra (Is 40,21), antes de que las generaciones fueran llamadas a la vida (Is 41,4), antes de existir los primeros elementos del mundo (Pr 8,22). El Prólogo introduce la cristología juanina, cuyo punto central es la encarnación del *Logos*, del “Verbo”. Toda la propuesta y mensaje cristiana están aquí condensadas.

Jn 1,1 retoma el sentido del relato de la creación en Gn 1, en cuyo episodio Dios se manifiesta como un agente criador mediante su voz. En medio de la Nada y del Silencio, la Palabra de Dios se gesta y los hechos suceden: *Alaben ellos el nombre de Javé, pues Él lo ordenó y fueron creados* (Sl 148,5). Esta Palabra tiene poder de

efectuar la realidad que designa. En este sentido, *Dabar*, “Palabra” de Dios y su contenido son la misma cosa.

Juan vincula el Verbo envuelto en el proyecto criacional donde la *ruah* “espíritu” también participa: *Entonces javé Dios formó al ser humano con el polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el ser humano un ser viviente* (Gn 2,7).

En este comienzo, también estaba la Sabiduría: *Desde la eternidad fui fundada, desde el principio, antes que la tierra. Cuando no existían los abismos fue engendrada, cuando no había fuentes cargadas de agua...* (Pr 8,22-24). La Sabiduría es la vida de todo lo que existe, su principio es el deseo auténtico de instrucción y el afán de la instrucción es el amor (Sb 6,17). Para la comunidad juanina hay identidad entre Jesús y la Sabiduría preexistente. Él es visto como Palabra generadora de vida por la cual los grandes misterios son revelados.

Con Juan nos abrimos al escenario de los Evangelios Sinópticos. En ellos, Jesús es presentado en su dimensión histórica como un hombre coherente, o sea, un hombre que poseía armonía entre sus pensamientos, actos y palabras. Su palabra, sencillamente, está familiarizada con la Buena Nueva que anuncia. La tradición cristiana afirma que Jesús enseñaba con autoridad (Mt 7,27). Ve su palabra como una propuesta cautivadora (Mc 2,14), provocadora y, al mismo tiempo, escandalosa (Mt 22,15). Su palabra es identificada con el perdón (Mc 2,5), con el alivio y la cura (Mc 2,11; Lc 7,14-15), y, sobre todo, es acogida como fruto de la contemplación: *... subió al monte, a fin de orar a solas. Y al llegar la tarde, estaba allí solo* (Mt 14,23).

Este Verbo/Palabra anunciado en el Génesis y retomado por Juan a partir de la vida de Jesús es dinámico. Su dinamismo es generador de vida, y reconcilia la humanidad con Dios. Esta historia continua con los apóstoles.

Comienzo de los apóstoles

La Palabra/Cristo gesta la palabra de los apóstoles. El hecho tiene su origen en el día de Pentecostés, donde el Espíritu abre la inteligencia a la comunidad apostólica, compuesta por mujeres y hombres, tornándoles capaces de entender las Sagradas Escrituras, y donándoles la fuerza del Espíritu para que sean sus testigos (At 1,8). Posteriormente, no sabremos si serán actos de los apóstoles o actos del Espíritu. En esta confusión de identidad se crea el embrión del movimiento de Jesús después de su resurrección.

Entra en juego el significado teológico de *logos*, “palabra”, en el Primero Testamento, que tiene relación con enseñanza, discurso, declaración y predicación. Si en los Evangelios Jesús es la Palabra, los apóstoles son servidores de esta Palabra. Ella será considerada como algo distinto, objeto de predicación: *Que el discípulo haga partícipe en toda suerte de bienes al que le instruye en la Palabra* (Gl 6,6). De aquí que, misteriosamente, la fe vendrá de la predicación y la predicación vendrá por la palabra de Cristo (Rm 10,16). En Pablo, la Palabra se va manifestar a través de la proclamación (Tt 1,3), una proclamación que, a ejemplo de Jesús, tiene su fuente en la meditación (Ef 6,18).

Esta palabra, en los apóstoles, circula con ritmo itinerante. Lejos de estancarse, camina de boca en boca, congregando nuevos agentes, mujeres y hombres, provenientes de las más diversas realidades, que son contagiados para servir. Dando una leída a Rm 16,1-16, encontramos una lista de mujeres y hombres involucrados directamente en la causa misionera del Reino de Dios. Todas ellas y ellos, unidos en un proyecto común, forman la comunidad de los santos.

Pablo enseña que Dios reconcilió, en Cristo, el mundo consigo mismo, no imputando a los seres humanos sus faltas, y confiándoles esta palabra de reconciliación a los apóstoles (2 Cor 5,19). Por eso cuestiona a los corintios, queriendo saber si esta palabra confiada y escuchada quedó estática en ellos o si fue punto de partida (1 Cor 14,36). Este misterio cristológico es el contenido de la predicación paulina, y por su esencia tiene el poder de salvar.

A mucha distancia temporal, la historia de la salvación cría un nuevo hijo, que será reconocido como hombre de Dios. Él cautivará multitud de mujeres y hombres, y los instruirá según el perfil de la comunidad apostólica. Aquí está el inicio de quien actualiza, en su vida y su palabra, la misión del Verbo (Jn 1,1).

Comienzo de Domingo.

Domingo también tuvo un comienzo. No pretendo hacer una cronología de su vida. Sencillamente, procuro retomar algunos de los episodios donde se manifiesta este hombre como aquel que asume la misión del Verbo, que es la misma misión encomendada a los apóstoles. En esta génesis dominical se encuentra la figura de dos mujeres, su madre y su madrina:

Su madre, la Beata Juana de Aza, [en la década de los años 1170], antes de concebir [a Domingo], tuvo un sueño. Vio como en su vientre había un perrito llevando entre los dientes una antorcha encendida. Al nacer, parecía encender fuego en todo el mundo.

La figura femenina en Domingo juega un papel importante, porque la madre intuyó el futuro de este niño antes de nacer, convirtiéndose en colaboradora del proyecto de Dios para su hijo. Así como María de Nazaret se pone en camino, con prisa, a casa de Isabel para decirle lo que Dios, en ella, había hecho (Lc 1,39-45), Juana también se dispone a andar, ante la señal divina, queriendo ahora entender el misterio que procrea su vientre, manifestado a través de un sueño. Procurando a Santo Domingo de Silos, fundador de un monasterio Benedictino, ella es la primera en ser informada de los asuntos de la predicación. Lo que María fue para Jesús, Juana fue para Domingo. La Beata Juana de Aza comparte el espacio teológico con las mujeres bíblicas que tejieron historia de salvación.

La imagen del perro es importante. Conservará en su memoria la tradición dominicana que el nombre de “Domingo” tiene su raíz etimológica latina: *Dominicus*, “El Señor”. De *dominicus* procede el término *Domunicanus*, como se nombra a los miembros de la Orden. Utilizando un juego de palabras se dice que *Dominicanus* es compuesto de: *Dominus*, “Señor”, e de *Canis*, “perro”. Literalmente sería: “el perro del Señor”, relacionado con el sentido: “el que vigila la viña del Señor”.

En los Evangelios encuentro dos pasajes interesantes. El primer episodio está en Mateo, donde una mujer cuestiona a Jesús por negar la cura a su hija diciéndole: *No está bien tomar el pan de los hijos y echárselos a los perritos* (15,26). Y ella insistió hasta sensibilizarlo: *Señor, también los perritos comen de las migajas que caen de las mesas de sus dueños* (15,27). Delante de esto, Jesús respondió: *Mujer, “grande es tu fe! Que te suceda como deseas* (15,28). La otra referencia se encuentra en el Evangelio de Lucas. Se refiere al pobre Lázaro, quien sufriendo con una enfermedad de piel, era asistido por perros, que lamían sus llagas (16,19).

Pero, ¿a dónde quiero llegar con esto? ¿Sería Domingo comparado con un perro? Pues sí, este animal muestra características que distinguirán la vida de Domingo: humildad, amistad con los pobres y fidelidad. El perro es quien cuida de la mesa del dueño, es quien espera y obedece. No invade el espacio, pero vigila con cautela. Es celoso de las cosas que tiene a su cuidado.

El perro es, al mismo tiempo, amigo del pobre. Por tras de un mendigo de calle, no falta un perro sin prejuicio, compañero de camino. No dudo que Lázaro sintió alivio con la saliva de los perros. La lengua de ellos era el único instrumento de solidaridad con el dolor el amigo.

La imagen del perro, en su fondo, muestra que el orgullo nunca formó parte del proyecto de Domingo. Él fue instrumento de predicación y no el centro de ella. Siendo así, diría que la explicación ofrecida por la tradición dominicana y el sueño de la madre Juana están bellamente armonizados. Domingo sería el perro humilde, pobre y fiel del Señor. De él dirá un testigo ocular:

El maestro Domingo fue siempre hombre humilde, manso, paciente, benigno, moderado, pacífico, sobrio, modesto y muy maduro en todos sus actos y palabras; piadoso, consolador de los demás y en especial con sus frailes; lleno de celo por la observancia regular, muy amante de la pobreza tanto en la comida como en su vestimenta.

El perro, según el sueño de la madre Juana, iba saliendo, llevando entre los dientes, una antorcha encendida en su boca. Esta corrida recuerda las palabras del apóstol Paulo: *No saben que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corran de tal manera que lo obtengan.* ²⁵ *Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible* (1 Cor 9,24-25).

Si Domingo empleará todo su tiempo para hablar de Dios y con Dios, la salida de este perro, pues, vislumbra la trayectoria apostólica de este hombre. El sueño introdujo su comienzo: un predicador estaba viniendo al mundo para contagiarlo con el fuego de la Palabra. Las frases son pocas para expresar el fuerte simbolismo que este fuego, procedente de Dios, posee.

En el ambiente bíblico, el fuego es sinónimo de juzgamiento (Mt 7,19; 13,40). También está relacionado con la teofanía o manifestación de Dios (Gn 3,24). Dios se presenta a Moisés mediante una zarza ardiente, dejándolo atónito de temor y admiración. Le fue pedido a Moisés en este lugar, que retirase las sandalias de sus pies

porque estaba en suelo sagrado (Ex 3,1-5). Una columna de fuego era señal de que Dios iba guando su pueblo pobre para la salida de la esclavitud para la libertad (Ex 13,21). El fuego es semejante al sello con el cual Dios estampa la alianza con la humanidad (Gn 15,17).

En el inicio de la vocación de Ezequiel también hay referencia al fuego. El profeta intenta hablar de su inexplicable llamado, y recorre al fuego para auxiliarse y decir que este brillo ardiente que presencié era semejante a la gloria de Dios y que, al verla, cayó con su rostro en tierra (Ez 1,27-28). Según Isaías, nadie se puede aproximar de tal hoguera por la santidad que de ella emana (Is 33,14).

Además, el fuego es fuente de purificación (Nm 31,21-24): por donde pasa, las cosas no quedan iguales, cambian, deja marca, y, haciéndose sentir, transforma todo o que toca. Dios es descrito como un fuego que consume, que devora, que se impone (Dt 4,24; 9,3). Es oportuno iluminarnos con el sentir del profeta Jeremías: *Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir! ¡Más fuerte fuiste que yo, y me venciste! ¡Cada día he sido escarnecido, cada cual se burla de mí!* ⁸ *Cuantas veces hablo, doy voces, grito: "¡Violencia y destrucción!", porque la palabra del Señor me ha sido para afrenta y escarnio cada día.* ⁹ *Por eso dije: "¡No me acordaré más de él ni hablaré más en su nombre!". No obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos. Traté de resistirlo, pero no pude.* (20,7-9).

Todas estas evidencias bíblicas se toman necesarias para comprender mejor el sueño de la madre Juana. Ella, vislumbrando el hijo como un perro en cuyos dientes cargaba una antorcha encendida, atina bien el símbolo dominicano. Domingo se convertirá, por la fuerza de la Palabra, en la llama que contagie el mundo de la presencia y el amor de Dios. Y todo fue confirmado por la realidad:

Quando andaba por los caminos, a los que le acompañaban quería exponerles, por si mismo o por otros, la Palabra de Dios... En cuanto caminaba, siempre quería tratar o hablar de Dios, o enseñar o leer o rezar.

Predicaba frecuentemente y, de manera que podía, animaba y enseñaba a los frailes a predicar, rogándoles que fueran diligentes en la salvación de las almas. Y confiando mucho en Dios, enviaba también a los sencillos a predicar, diciéndoles: "vayan tranquilamente, porque el Señor pondrá palabras en sus labios y estará con ustedes y no les faltará nada". Ellos partían y sucedía siempre como Domingo les había dicho.

La otra mujer próxima a Domingo es su madrina. En un sueño tuvo la impresión que el niño Domingo tenía en su frente una estrella cuya luz iluminaba el mundo. Lo primero que ella hizo fue salir corriendo, llena de alegría, para compartir la noticia con la madre Juana. Así manifiesta, claramente, la solidaridad de estas dos mujeres, cómplices de Dios.

Madre y madrina festejan, son conscientes de lo que esta criatura va significar para el mundo. ¿Por a caso, no recuerda este episodio el abrazo de María y de su prima Isabel? (Lc 1,41). ¿No recuerda esto el abrazo santo de aquella que es capaz de

alegrarse con la otra, reconociendo la gloria de Dios aconteciendo en el hijo de la amiga?

El símbolo de la estrella no es menos lindo que los anteriores. Las estrellas, en varias escenas bíblicas, se muestran aliadas de Dios en la defensa de los débiles (Jz 5,20). Juntas, son multitud (Dt 1,10). Proceden de Dios (Is 14,13; Sl 8,3) y son asociadas a la eternidad (Dt 12,3). Revelan indicios de prosperidad y descendencia (Gn 22,17; 26,4). En el Evangelio de Mateo, una estrella guía los pastores al encuentro del Niño Jesús. Es sinónimo de alegría, justamente porque su luz lleva a la presencia solidaria de Dios (2,10), afirmando que Él nunca se olvida de la humanidad (Lc 21,25).

Aunque se pueda hablar de las estrellas en su conjunto, Pablo recuerda que entre las estrellas hay desigualdad de brillo (1 Cor 15,41). En este sentido, se podría decir que ellas, algunas veces, son usadas para referirse a los hijos e hijas de Dios, llamados “astros de luz” (Jn 38,7; Sl 148,3). En Nm 24,17, existe una perspectiva mesiánica, donde el esperado se vislumbra como una estrella procedente de Jacob. En el Apocalipsis, las personas que luchan para atraer la humanidad para Dios, poseen la promesa de resplandecer como estrellas (22,16).

Lo que la madrina de Domingo percibió en él, no es poca cosa. Él fue identificado como portador de luz. Luz para iluminar las tinieblas en la cual vivían las personas de su tiempo. Su resplandor seduciría la humanidad para Dios. La luz de Domingo sería su señal reconciliadora. Su estilo de seguimiento a Jesús contagiará a los que somos llamados de dominicanos/as, y acogemos la tarea de calentar el mundo frío con el ardiente fuego de la Palabra.

Una cosa llama la atención. La vida de Domingo tiene coherencia con las exigencias que Cristo hizo a los apóstoles. En esta investigación, confirmé lo dicho por el testigo Juan, que dijo: *Domingo siempre llevaba con él el Evangelio de Mateo y las cartas de Pablo*. Y, justamente, noto que el perfil de nuestro Fundador se encuentra aquí bien reflejado. Cuando intento ir a procura de textos que identifiquen su personalidad, me encuentro, con frecuencia, con estos pasajes bíblicos. Es posible que los interiorizase de tal manera que hizo de su vida un Evangelio itinerante, donde las personas recordaron, en su caminar, la propia Palabra de Jesús.

Otra cosa que percibo en este contacto bíblico/histórico es que la Palabra meditada y predicada es el eje transversal que acompaña este hombre de Dios. Toda la simbología dominicana y su significado giran en esta función. Es aquí el título que se conjuga bien con la primera frase:

Domingo, predicador de la gracia.

Algunas veces suceden episodios en la vida de las personas, que las llevan a su fuente originaria. A partir del presente recuperan su memoria y, en el acto, abren los ojos y comienzan a comprender claramente lo que Dios les pide. ¿No sería esto lo que sucedió, al caer la tarde, con los dos discípulos que iban camino de Emaús? (Lc 24,13-35), ¿y con Saulo camino a Damasco? (At 9,1-18). ¿No sería lo mismo que vivió Domingo en aquellos impresionantes viajes a Europa, cuando acompañaba al obispo de Osma, Diego?

En las misiones a Europa, Domingo vivió intentas experiencias, ya con los Cumanos, en el Norte, considerados una tribu pagana, ya, en el Sur, con los herejes Albigenses y Valdenses, que parecían encarnar las exigencias evangélicas con la coherencia que faltaba a los católicos; también por la situación de extrema pobreza hallada en estos caminos. Domingo sintió compasión y fue interpelado por los herejes: *¿Cómo es que alguien que viaja con tanta pompa podría atreverse a predicar a Cristo, que era humilde y pobre?*

¿No ardería el corazón de Domingo al escuchar estas palabras de los herejes? ¿No se le abrirían los ojos, como a los discípulos de Emaús, para reconocer lo que Dios, todavía más le exigía? ¿No sufriría Domingo, como Saulo, una metamorfosis que lo convirtiera de la tradición a la gracia? Domingo se sensibilizó y, así como Jesús se conmovió ante el cuestionamiento de la mujer extranjera que encontró en el trayecto (Mt 15,27), él acoge, con humildad, la crítica que le hicieron los herejes. Esto sucedió porque él vivió su presente en su conciencia plena, con los ojos abiertos para observar, y con los oídos atentos para escuchar.

Es en esta teología evolutiva del camino donde surge, en Domingo, la intuición profética: solamente la vuelta radical al Evangelio puede limitar el avance de las herejías. Procura, en adelante, continuar su misión marcada por dos rasgos fundamentales: 1) Evangelio: *Vayan, por tanto, y hagan que todas las naciones se tornen discípulos...* (Mt 28,19). 2) Y lo que este Evangelio exige en la práctica apostólica: *Y yendo, prediquen, diciendo: "El reino de los cielos se ha acercado".*⁸ *Sanen enfermos, limpien leprosos, resuciten muertos, echan fuera demonios; de gracia recibieron, den de gracia.*⁹ *No lleven oro, ni plata, ni cobre en sus cintos;*¹⁰ *ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón, porque el obrero es digno de su alimento* (Mt 10,7-10).

Pero, ¿qué es gracia? En hebreo, *hen* y en griego, *charis*, la gracia posee diversas maneras de operar en las personas según el lenguaje bíblico. Está íntimamente relacionada con el favor de Dios, que es terco en su empeño de salvar la humanidad. La carta a los Romanos tiene un bello ejemplo de este misterio, y nos ilumina la reflexión: *Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?*³² *Él que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?* (8,31-32).

Según Pablo, la gracia es el favor que Dios nos hace para vivir en Él en condición de hijas e hijos. Aquí nos encontramos, por tanto, con el sentido de la primera frase estudiada: *En el principio existía el Verbo* (Jn 1,1). Quiero decir que Dios preservó desde la eternidad su único Hijo y lo ofreció, generosamente, a la humanidad por el favor de hacernos participar, por medio de este Hijo (Palabra reveladora) de su santidad.

La gracia en Domingo se torna eficaz por vivir en Dios sumergido, armonizando contemplación y apostolado hasta tal punto de no saber dónde empieza uno y dónde termina el otro. En esta fuente se comprende el lema que, tradicionalmente, acompaña la Orden: *contemplari et contemplata aliis tradere* "Contemplar y dar a los otros el resultado de nuestra contemplación". Como analizará Santo Tomás de Aquino: ... *de la*

misma manera que es mejor iluminar, que solamente brillar, así es cosa mayor dar a los demás las cosas contempladas, que solamente contemplarlas.

En su vida de contemplación, se gesta, en Domingo, la profunda humildad y el sentido de pertenencia al mismo Dios. Él saldrá por los caminos, pero no saldrá de Dios, y en esta permanencia continua, su propia oración se vuelve palabra, como don recibido:

Estando Domingo en Roma, concretamente orando en la basílica de San Pedro, pidiendo a Dios que conservase y aumentase la Orden, vio como se aproximaban de Él los apóstoles Pedro y Pablo. Pedro le entregaba un báculo, y Pablo un libro. Le dijeron: “Ve y predica, porque Dios te escogió para este ministerio”.

Domingo no podría ser predicador sin antes ser agraciado por Dios: *Si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme, porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciara el evangelio!* (1 Cor 9,16). A Domingo, como diría Pablo, el menor de los santos, le fue conferida la gracia y la tarea de predicar (Ef 3,8). Esta virtud sobrenatural cautivaba a todos cuanto les escuchaban:

Un sacerdote, viendo el bienaventurado Domingo entregarse con entusiasmo, junto con sus hermanos, a la predicación, despreciando las cosas terrestres y solamente preocupándose con las espirituales, anhelando con piedad emulación imitar la vida de ellos, decidió dejar todo y seguir sus huellas.

El tema de la predicación es el eje transversal que atraviesa el proyecto de Domingo desde sus orígenes. El primer capítulo general fue un domingo de Pentecostés, un 17 de mayo del año 1220. En este acontecimiento, se añadió un código a las constituciones. Este añadido vino a nacer por la necesidad experimentada. Domingo, antes de elaborar normas, quiso tener experiencias de vida primero, para que todas las cosas escritas estuvieran al servicio de la predicación. Leamos en qué consistió la fina percepción de estos primeros frailes:

El prelado tendrá el poder de dispensar los hermanos en su convento cuando esto le parezca conveniente, especialmente en aquellas cosas que puedan impedir el estudio, la predicación o el bien de las almas, visto que nuestra Orden fue especialmente fundada desde el inicio para la predicación y la salvación de las almas. Nuestro estudio debe tender principalmente, ardientemente, y con el máximo empeño para el fin de que seamos útiles a las almas de nuestro prójimo.

La predicación es el medio por el cual opera la gracia en Domingo. Esta gracia, en su naturaleza, hace aquello que el mismo Domingo, por sí, sería capaz de hacer, porque, como dice el Salmo 45,3: *la gracia se derrama por sus*. En este aspecto, no se puede separar su palabra de su silencio, lejos de ser polos opuestos, son complementares. Domingo, en su silencio fecundo, predica escuchando el Espíritu. La gracia, en él manifestada, va más allá de palabras elocuentes, sin ser estéril (1 Cor

15,10), se traduce en obras. Por eso, cuando se habla de Domingo como predicador de la gracia nos encontramos con las señales de vida que genera tal predicación, marcados por tres puntos fundamentales:

1. Misericordia:

Hubo en España una escasez tan grande que muchos pasaban hambre. Domingo, siervo de Dios, estaba por aquel tiempo, todavía en Palencia. Al contemplar tanta miseria y necesidad, y sin encontrar consuelo en ningún lugar, se despertó en él la compasión. Siendo ya un niño, la compasión crecía con él, y cargando sobre sus espaldas las desgracia de los demás, hacía suyo todo el dolor ajeno. Su corazón era un hospital de infortunios; sus entrañas no estaban cerradas a la misericordia. Así, sacudido por la necesidad reinante, decidió hacer algo que, cumpliendo con el Evangelio, ayudase a calmar la situación de los más afectados. Vendió sus libros, de que tanto necesitaba, y todas sus pertenencias. Lo que obtuvo con la venta lo dio a los pobres. Su ejemplo cautivó los nobles, ricos y maestros. A partir de entonces se expandieron las limosnas de aquellos que, viendo la generosidad de un joven, rompieron con la mediocridad de su tacañería.

La palabra de Domingo está en armonía con su vida en sintonía con el corazón de Dios, por eso es gracia. La misericordia dominicana tiene su fundamento en las Sagradas Escrituras. La *heser* “misericordia”, entre sus diversos significados, designa el seno materno como lugar de procedencia de toda la vida. Siendo así, cuando los ciegos gritan a Jesús: *¡Señor, ten misericordia de nosotros!* (Mt 20,31) buscaron remover sus entrañas sensibles, despertar clemencia y solidaridad para con ellos.

La misericordia dominicana nace en la teología del camino, mediante la contemplación, estado espiritual que permitió a Domingo mirar con los ojos de Dios y escuchar con sus oídos. En esta dinámica donde está ausente la prisa, el estrese, y el ruido, él se tornó capaz de estar presente, ante el que sufre, con todos sus sentidos.

Pero, la misericordia se entiende en relación con la solidaridad. En esta interpelación se produce la empatía con el que sufre hasta el punto de procurar eliminarle el dolor y, si no fuera posible, por lo menos, compartirla. La misericordia también está relacionada con *naham* que significa “consolar”, “liberar”. Domingo consuela porque su predicación va más allá de las palabras bien intencionadas. Él se dispone a auxiliar al otro/a:

Era tal el ardor de su caridad para con la conversión de las almas que un día en que exhortaba a alguien seducido por la nefasta herejía, constatando que él había aceptado la invitación de los herejes por causa de la ayuda material que de ellos recibía, debido a la grande necesidad en que se encontraba, Domingo, imitando a Pablo cuando escribía a los Corintios 12,15: ¹⁵ *Y yo, con el mayor placer, gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de sus almas, aunque amándoos más, sea*

amado menos, decidió venderse a si mismo y con el precio eliminar la causa de la necesidad, liberando el hermano del error. Y lo habría hecho si la divina providencia, rica en todo, no lo hubiese remediado de otro modo.

2. Verdad:

La verdad es otro elemento que distingue la predicación llena de gracia de Domingo. En su coherencia evangélica, Domingo predica con autoridad. Su palabra humana se convierte, de esta manera, en palabra de Dios. Fijado en Dios, el ruido no tenía como invadir su silencio, espacio auténtico que gesta su predicación. La fuerza de su palabra mana de su espíritu contemplativo, que le hizo partícipe de la verdad.

Recuerdo que en la tradición del Primero Testamento, el profeta sufría confusión de identidad en el momento de su actuación. No sabía quien hablaba, si él o Dios. Un profeta era reconocido por la comunidad después del acontecimiento de su anuncio (Jr 28,1-17). Así, Domingo fue reconocido, porque sus palabras generaron lo predicado:

En la misma parroquia había una mujer, llamada Bene, hoy sor Benta, convertida por Santo Domingo [...], a quien aquel clérigo [que odiaba los frailes] incomodaba frecuentemente. Como quería que aquella mujer se quejase de tanta ofensa delante del hombre de Dios (Domingo), este le dijo en tono suave: “mi hija, sopórtalo con paciencia, y con la seguridad de quien tan insolentemente te maltrata y persigue la Orden, bien rápido será uno de los frailes, y durante mucho tiempo sufrirá en la misma Orden un sin fin de calamidades”. Y su palabra se cumplió, pues se puede probar que sucedió cuando había dicho.

La fe de Domingo, al mismo tiempo, buscó entender. Y, en este anhelo de procurar la Verdad, se puede entender su pasión por el estudio y su espíritu crítico. En él, fe y razón se armonizan. El poder que obtiene por la sabiduría y la disciplina académica estaba focalizado, no para el prestigio personal, sino para la causa de la justicia y de la verdad. Es por eso que, con su intuición de futuro, dispersa sus frailes para estudiar, sabiendo que el grano amontonado pudre (Jn 12,24).

La verdad dominicana es lo contrario del engaño o la falsedad. Se puede afirmar que la palabra de Domingo fue firme, en concordancia con las acciones libertadoras de Dios, que es la misma Verdad. En esta perspectiva, ella es sinónimo de la justicia de Dios (Sl 25,10). Domingo es, sencillamente, un consagrado a la Verdad (Jn 17,17) y la pregona públicamente, sin temor a las consecuencias:

Él se entregó a una continua e incansable predicación, anunciando la Palabra de Dios, sobre todo contra los herejes. Con grandeza de alma, en aquellos días, sufrió de ellos injurias y burlas, recibió amenazas y enfrentó emboscadas. Se burlaban de él de todas las maneras, lanzaban sobre él lama y otras suciedades, poniéndole pajas guindando en las espaldas para que de él se rían. Pero él soportaba todo esto como el Apóstol, sintiéndose feliz por haber sido juzgado digno de sufrir injurias

por el nombre de Jesús (At 5,41). Y no solamente por eso: los herejes también conspiraban contra su vida y preparaban planes de muerte, para verse libres de él [...].

La Verdad tiene como referencia la Palabra de Jesús: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6), que se presenta como puente para llegar a Dios. Ella es la virtud que capacita para conocer y tornarse libre (Jn 8,32). Jesús es el parámetro de veracidad. En Domingo, esta veracidad se manifiesta en las señales del Reino que deja en sus huellas:

El Maestro Reinaldo procuró Domingo, a quien abrió su corazón. Cautivado por su santidad y por su trato, de la misma forma que por sus animadoras palabras, decidió entrar en la Orden... La adversidad comenzó muy temprano a colocar a prueba los deseos de Reinaldo. Quedó gravemente enfermo, se debilitaba rápidamente, la muerte le rondaba y los médicos ya sentían que no podía hacer nada. Santo Domingo no se conformaba con la pérdida de aquel hombre. Se entregó a la oración. Su corazón imploraba la misericordia de Dios para que no muriese antes de nacer aquel hijo concebido en la esperanza. También pedía, tal como dijo después a los frailes, que Dios le concediese, aunque fuera por poco tiempo [después de visiones con la Virgen y al día siguiente...] Domingo fue a verlo para saber como se encontraba. “Estoy sano”, dijo.

El interés de Domingo por la cura de Reinaldo no era un asunto que girase en torno de sí. Su propósito era más profundo: Reinaldo era un hombre clave para la obra de Dios que iniciaba. La procura de Domingo, pues, estaba relacionada con el Evangelio que, desvendando la mentira, es manifestación de la propia Verdad (Jn 14,17; Gl 5,7).

3. Encarnación:

La gracia, al estilo dominicano, tiene en cuenta, siempre, la encarnación. Veamos la bella armonía de esta espiritualidad. La primera frase: *En el principio existía el Verbo* (Jn 1,1) tiene su complemento en el mismo pasaje: *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14). Este Verbo, hecho carne, se tornó, pedagógicamente, en el lugar de encuentro entre Dios y la humanidad. El Dios invisible se tonó accesible a nuestra condición limitada. Él, igual a nuestra carne, fue establecido hijo de Dios según el espíritu de santidad (Rm 1,3) abriéndonos el camino al cual estamos invitados. La Primera Carta de Juan también nos ilumina:

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida ² pues la vida fue manifestada y la hemos visto, y testificamos y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó-- , ³ lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también ustedes tengan comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1,1-3).

La ausencia de contenido trágicos, condenatorios y moralistas en la predicación de Domingo, se entiende por el hecho de que la Gracia de Dios es mayor que las

limitaciones humanas (Rm 5,20). Él, con sus palabras, alivia el corazón de los destinatarios. Son palabras libertadoras, que recuerdan que Dios no se olvidó de la humanidad. Domingo habla, y su contenido cura, seduce y encamina para el Bien Mayor:

En aquella misma noche, el bienaventurado Domingo quedó hablando con el huésped, que era hereje. La conversación, llena de claridad y de gracia divina, hizo que aquel se convirtiera. No puede haber resistencia a la sabiduría y espíritu con que hablaba Santo Domingo.

Esta predicación de la gracia está inserida en la realidad. Domingo ora con lo cotidiano, y en la contemplación del camino se gesta su predicación. En esta dinámica, pueden ser entendidas las palabras que dirige a los enfermos, a los afligidos, a los pobres, a los necesitados, y a tantas mujeres sufridas. Aquí está el gran misterio de la piedad inserida en la humanidad, con el fin de transfigurar toda criatura en el Único amor.

En su intención de predicar la gracia encarnada, aconteciendo en la humanidad, Domingo, se auxilia de las mujeres. Si en su comienzo, como hablamos, ellas, madre y madrina confiaron en Domingo como proyecto de Dios, ahora Domingo confía en las mujeres, para que la obra de este Dios se realice en el mundo. Además de su fervorosa pasión por Nuestra Señora y por María Magdalena, funda un monasterio femenino en Prouille, antes de fundar la Orden de los frailes.

En un primer momento, el espacio conventual estaba formado por mujeres convertidas, provenientes de los Albigenses. Domingo se tornó su padre, guía espiritual y legislador. Este convento fue el espacio para mantener encendida la llama de la oración, convocar predicadores y recoger fondos para el apostolado. Lamentablemente no fueron conservadas o divulgadas las suficientes informaciones de lo cotidiano entre Domingo y ellas. Carecemos de memorias históricas que revelen los ensañamientos del Fundador para estas amigas espirituales.

¿Será que la integración de las mujeres en esta empresa apostólica no recuerda la propia vida de Jesús, quien inaugura en la historia una nueva masculinidad? En tiempo del Jesús histórico un maestro no podía tener discípulas, pero Jesús rompe las normas de la época enseñándoles las Sagradas Escrituras, todavía cuando se pensaba que ellas no tenían capacidad para comprender los misterios sagrados (Lc 10,38-42).

Jesús forma a la mujer para ser discípula. En este aspecto, la iniciativa de Domingo, ¿no recuerda también la práctica apostólica de Pablo cuando, queriendo abrir espacio de participación misionera a las mujeres dice: *ya no hay hombre ni mujer, porque todos son uno en Cristo* (Gl 3,28)? Sin duda, Domingo, tuvo la fina percepción de lo que suponía contar con la fidelidad femenina cuando en asuntos de Dios se trata.

En suma:

La predicación de la gracia es el medio eficaz por el cual Domingo anuncia el evento de la salvación. Se trata del *kerigma* “anuncio”, fundamentado en la experiencia pascual. Esta predicación lleva y actualiza el mensaje de Jesucristo, revelación del

misterio, envuelto en silencio desde toda la eternidad (Rm 16,25). En Domingo, este anuncio procura llevar al ser humano al conocimiento de la Verdad, que es el propio conocimiento de Dios, en la esperanza de la salvación prometida (Tt 1,3).

Siendo un hombre contemplativo y de oración, la predicación de Domingo nace del silencio, donde el Espíritu se revela. En esta atmósfera se entiende la fuerza de su palabra. Su anuncio se traduce en obras concretas marcadas por la misericordia, la verdad y la encarnación.

Esta herencia espiritual fue confiada a mujeres y hombres, y se extendió por el mundo. Desde entonces muchos frailes han seguido a Cristo pobre en las huellas de Domingo, actualizando su palabra, con censo crítico, en los signos de nuestro tiempo. Y quiero resaltar, especialmente, lo que he visto, experimentado y oído: que las mujeres han sido muy eficaces en el carisma dominicano.

Ellas, ya enclaustradas, como laicas o en comunidades religiosas, inseridas, contemplando en la actividad apostólica, en medio del ruido, son predicadoras de la gracia. En las periferias, en los colegios, en los hospitales, en los caseríos, en los campos, en los asentamientos de emigrantes, en los lugares más distantes de la civilización, algunas veces desapercibidas y otras veces como “hormigas con micrófono”, están presentes como apóstolas de la Palabra. Me recuerdo de mi pequeña comunidad en un barrio de Managua, en aquella semana de servicio en la cocina, estudiaba Biblia, con una mano sujetando el libro y con la otra el cucharón. Sin ser el modo apropiado, no hay como producir una teología, con sabor dominicano, desvinculada de la cotidianidad.

Este trabajo me dejó curiosa para continuar investigando sobre Domingo y su relación con las mujeres en los orígenes de la familia dominicana. Aunque Domingo es el centro de este trabajo, no podía dejar oculto el papel de ellas en su vida y su proyecto apostólico. Todavía sería más provechoso, dedicar un estudio específicamente a esta temática. Cierro las líneas plasmando lo que dice el único corazón que llevo conmigo:

Sencillamente...

Domingo,
silencio en la palabra,
palabra en el silencio...
Fuego en corazones tibios,
estrella brújula de los extraviados.
Domingo,
camino y estancia,
hombre y perro,
sabiduría e inteligencia,
maestro de humildad.
Escucha y predicación.
Apóstol pobre,
doctor de la verdad.
Dulzura en la presencia,
casto en el vivir,
amigo de las mujeres,

preferiblemente, jóvenes.
¡Bella armonía afectiva!
Volcán dinámico de fe y razón,
Domingo contemplativo,
congréganos en el Cristo pobre de Nazaret.